

suena un grito en mil gargantas
¡Ah, que en aquellas facciones
dulces, serenas, intactas,
todos han visto el cadáver
del pastor de la montaña!

Hinca el rey rodilla en tierra,
descubre sus nobles canas,
desde el mayor al pequeño
rezando caen á sus plantas.

Y humildes labios reales
besan las toscas abarcas,
como besa un hijo tierno
la mano del padre que ama.

Llévale en sus hombros mismos;
salmos á coro le cantan,
¡ahora es cuando va mas grande
el vencedor de las Navas!

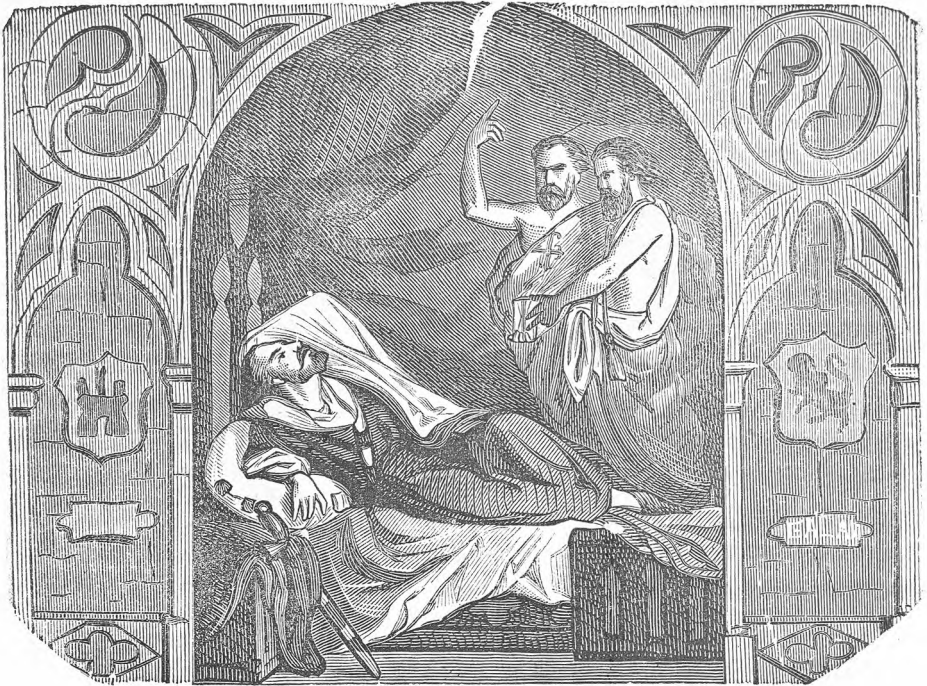
J. C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



Los hermanos Carbajales.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1312.

I.

Cual nido de águilas álzase
sobre la peña de Martos,
desafiando á las nubes,
inespugnable al asalto,
una altiva fortaleza
cual gigante en el espacio.
Ábrese á sus pies profundo
y vertiginoso un antro,
cuyo fondo no se alcanza
entre aguzados peñascos,
y cuyo aspecto tan solo
inspira pavor y espanto.
En un salon del castillo

hállanse cuchicheando,
con misterio y en voz baja,
muchos guerreros é hidalgos
de la hueste que acaudilla
contra el moro el rey Fernando,
pretendiendo reforzar
la que don Pedro su hermano
mantiene sobre Alcaudete
en cerco muy apretado.
Sin duda es grave el suceso
que comentan con espanto,
pues sus rostros lo pregonan
cual no lo pintára el labio.
Hay en el sombrío ambiente
del salon, que cruza un rayo

de sol moribundo apenas
tiñendo en reflejos pálidos
las armas y vestiduras
de los nobles cortesanos,
un no sé qué de medroso,
un presentimiento vago
más terrible, de que en breve
ha de ocurrir algo extraño.
Dicen unos, que al monarca
la locura ha trastornado;
otros, que en ira le encienden
de su madre los engaños;
y otros, dándolo por cierto,
afirman por el contrario
que de descubrir acaba
el que mató á su privado
Benavides, y está pronto
con rigor á castigarlo.
Sea de ello lo que quiera,
lo cierto es que á poco rato
penetra en la estancia el rey
con rostro torvo y huraño,
toma asiento, y con voz ronca
dice así á los cortesanos.
—«Caballeros; os mandé
reunir, pues quiero daros
de mi inflexible justicia
ejemplar patente y claro;»
y haciendo una seña, añade,
«que pasen los acusados.»
En tal punto, al otro extremo
se abre una puerta, y dán paso
á dos jóvenes de aspecto
noble, decidido y franco,
que aunque oprimidos por hierros
y de cadenas cargados,
su inocencia en el semblante
van bien claro pregonando.
Sin temor, mas con asombro
páranse ante el rey, que airado
esclama:—«Todos sabeis
que al salir de mi palacio
en Palencia, infamemente
fué hace poco asesinado
el noble Juan Benavides,
mas que mi amigo mi hermano,
y envueltos en el misterio
los homicidas quedaron:
pues bien, lo que las pesquisas
de los jueces no han logrado,

lo ha conseguido mi afecto;
los asesinos villanos
no los busqueis mas, señores:
aquí los teneis, miradlos.»
Y estendiendo hácia los presos
convulso y febril la mano
añade, alzándose en pié:
—«Yo ante mi córte declaro
á vos, don Juan Carbajal,
y á vos, don Pedro su hermano,
autores del negro crimen
cometido en mi privado.»
Un murmullo á estas palabras
se alza de asombro y espanto,
que acusacion tan terrible
en boca del soberano,
es, mas bien que acusacion,
de muerte seguro fallo.
Mas don Pedro Carbajal
hasta el rey adelantando,
la mirada ardiendo en ira,
y el rostro en reflejos cárdenos,
dice:—«Señor, perdonadme
si mi lenguaje es osado,
mas si esa injuria me hiciera
otro hombre, con mis manos
su torpe lengua arrancára
para festin de mis galgos.
Por mi nombre, hasta ahora limpio,
y por el de Juan mi hermano,
juro á Dios que nos calumnian
y esa acusacion rechazo.»
—«Si otro indicio, le interrumpe
el rey; no hubiera bastado
á mostrarme vuestro crimen,
fuera de sobra á probarlo
la enemistad que teniais
á Benavides entrambos.»
—«Es verdad, dice don Juan
y fuera inútil negarlo:
existian diferencias
de familia entre el finado
y nosotros; mas protesto
que de crimen tan villano
soy inocente, y apelo
de la ley al justo fallo.»
—«Y yo, prosigue don Pedro,
juro ante el Crucificado,
que hubiera mejor vertido
toda mi sangre lidiando

con don Juan de Benavides
en campo abierto ó cerrado,
que manchar mi limpia fama
con un proyecto bastardo.»

—«Basta ya; el rey le replica,
cuanto digais es en vano:
estoy resuelto á cortar
la envidia, rencor y escándalos
que me cercan y coartan
la entidad del soberano.
Conducidlos; y que al punto
de esta alta peña lanzados,
sean los dos, en castigo
de su delito nefando.»

—«¡Está bien, dice don Pedro,
con un acento inspirado
por intuición sublime,
jamás amenguó nuestro ánimo
la muerte; mas tu sentencia
es injusta, don Fernando;
y á la sentencia de Dios
dentro de un mes te emplazamos;
que allí, ante el Rey de los reyes,
verás nuestro honor bien claro!»
—«¡Salid!» el rey balbucea,
el semblante un tanto pálido:
y entre soldados se llevan
al suplicio á los hermanos.

En silencio queda el rey
y mudos los cortesanos;
envuelto el salón en sombra,
teñido en sombra el espacio,
que acaba ya de tender
la noche su negro manto
sobre esta escena de horror,
de muerte y de duelo amargo.
Y allá, fuera del castillo,
escúchase un rumor vago,
mas siniestro, que interrumpe
de pronto un acento claro
y fatídico, que á todos
llena á su pesar de espanto.
—«Al borde ya del abismo,
la última vez proclamamos
sin temor nuestra inocencia,
y al rey don Fernando cuarto
ante el tribunal de Dios
dentro de un mes emplazamos.»
Después... un horrendo choque

y un doble grito angustiado
hasta el monarca penetra,
y un eco lúgubre, extraño,
que repite á sus oídos,
«¡acuérdate don Fernando!...»

II.

En la ciudad de Jaen
y en una estancia suntuosa
de palacio, el rey se encuentra
presa de indolencia insólita.
Desde el campo de Alcaudete,
según es fama notoria,
sufrir su cuerpo y espíritu
tortura horrible, angustiosa,
que en vano con mil brevajes
intenta la gente docta
remediar: males del alma
no los curan sus redomas,
y mas si nuestra conciencia
alza su voz imperiosa.
¿Qué son ante el rey Fernando
el poderío, la gloria
que conseguir esperaba
contra la morisca indómita?
¡Ya nada: solo un ensueño,
humo fugitivo y sombras!
Que ese rayo moribundo
de sol, que apenas colora
teñiendo en reflejos pálidos
la colgadura ostentosa
de su lecho, está diciéndole
que toca su última hora;
que cumpliéndose está el mes
que aquella voz pavorosa
le marcara; y es lo cierto
que desde entonces no goza
de salud su débil cuerpo,
ni de calma bienhechora.
Y tal es su convicción,
viendo que el término toca
del irrecusable plazo
que le anunció en mala hora
don Pedro de Carbajal,
siempre vivo en su memoria,
que nada en el universo
ni le interesa ni importa.
Por eso, atrás la cabeza
en expresión angustiosa,

casi estinguido ya el fuego
de su pupila recóndita,
la diestra mano en su frente,
pretendiendo una horrorosa
y fatídica vision
arrancar, mientras la otra
convulsivamente oprime
la almohada donde se apoya;
y en terrible contraccion
bajo las purpúreas ropas,
se agita el triste mirando
que está su muerte muy próxima.
Y sea vision que pinta
la fiebre que le devora
ó tremenda realidad,
que la mano poderosa
de Dios anima, es lo cierto
que entre la luz incolora
del crepúsculo, avanzando
van hácia el lecho dos sombras,
dos espectros, que el semblante
de los Carbajales toman.
En su pecho macerado
ostentan la cruz gloriosa
de Calatrava; y don Pedro,
con la faz severa y torva,
muestra en el fatal reloj
la arena postrera, sola,
que su último aliento mide,
á deslizarse ya próxima;
mientras don Juan elevando

una mano hácia la bóveda,
le recuerda el plazo horrendo
en que ha de dar cuenta pronta
á un juez que nunca se engaña
en su justicia notoria.
—«¡Es verdad! esclama, viéndolos,
el rey con angustia loca,
fuí injusto con vosotros:
mas... dejadme, vanas sombras,
alejaos... no vengais
á amargar mi última hora!
¡Ya os sigo! ¡Ay de mí!...» y lanzando
un débil grito su boca
quedó exánime su cuerpo,
pronto á trocarse en escoria,
y la suntuosa estancia
sumida en tiniebla lóbrega.

Al otro día Castilla,
poseida de angustiosa
admiracion, por tal hecho,
rehabilitó la memoria
de los nobles Carbajales,
inmolados á la indómita
cólera del rey, ó acaso
á alguna calumnia sórdida;
y en llamar dió á este monarca
por su muerte portentosa
«Don Fernando, el emplazado,»
cual hoy le nombra la historia.

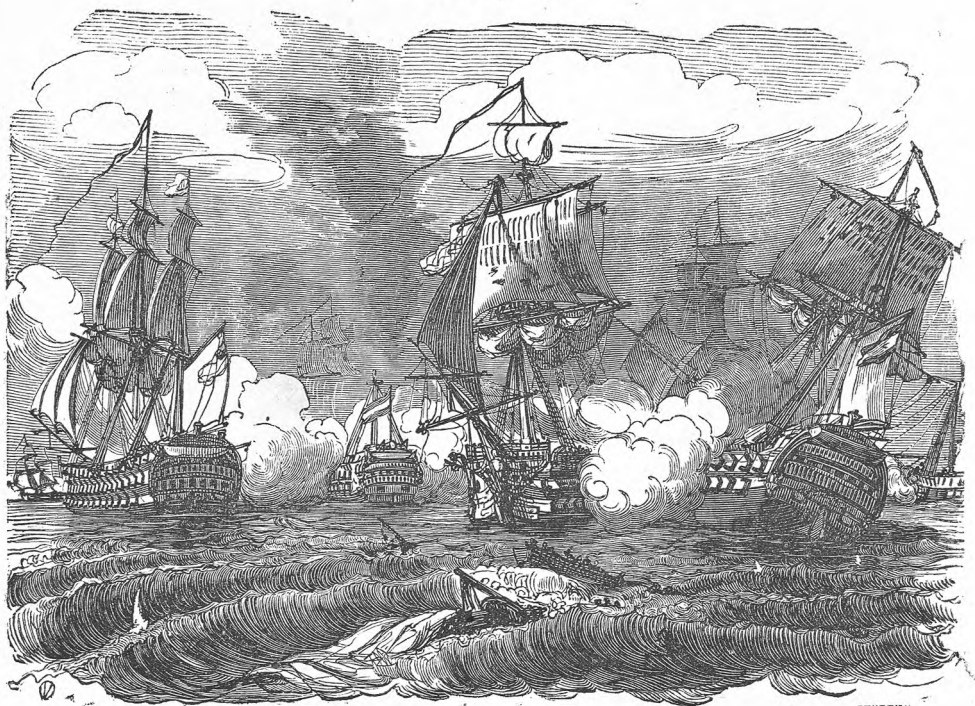
F. S.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



SEVERIN

Trafalgar.



1805.

I.

Reina del mar Inglaterra,
de uno á otro continente
sus pendones paseaba
como insignias de la muerte.
Quien le disputó su imperio,
halló con sus naves siempre
tumba inmensa en las entrañas
de los mares de Occidente.
Guarecido estaba el mundo
de sus costas en los fuertes,
mirando el mar alfombrado
con británicos paveses.
En un silencio de espanto
por tan inmensos poderes

hasta el mar y la tormenta
se humillaban obedientes.
Y al tronar de sus cañones
dictando soberbias leyes
sobre los altivos puentes;
En las movedizas ondas
sostenian los ingleses
derechos que quizá en tierra
no pudieran sostenerse.

.....
A España y á Francia unidas
por dobles pactos solemnes,
con sórdida voz las llama
hasta el criminal palenque.
Y obteniendo sus insultos
la respuesta de los héroes

lucha terrible preparan
el heroísmo y la muerte.

.....
Ya van á salir las naves,
lleno está el puerto de gente,
nacionales armonías
pueblan los ecos alegres.
En despedida ardorosa
todos los labios se mueven;
pronta vuelta, triunfo grande,
unos y otros se prometen.
Invade Cádiz entero
alturas, castillo y muelle,
á despedir por la patria
á sus hijos mas valientes.
Plegarias y bendiciones
promesas, votos solemnes
entre clamores y cantos
se mezclan confusamente.
Blancos pañuelos agita
por multiplicadas veces
en las coronadas rocas
el entusiasmo ferviente.

.....
Ya surcan el mar; entonces
cesa el clamor de repente,
y las sonrisas se apagan
y los ojos se humedecen.
Fatales presentimientos
acosan á los mas fuertes
y entre horrorosos temores
la fé y la esperanza mueren.
Truena el cañon del castillo,
truena el del mar, y parece
que con sus lenguas de bronce
se despiden para siempre.
Se estingue el rumor; se alejan,
y poco á poco se pierden
en la colosal distancia
los vistosos gallardetes.
Van á la lucha teniendo
lo infinito por palenque,
mar y cielo por testigos,
Dios y la historia por jueces.

II.

.....
Negra atmósfera; huracanes
que ciegan y á ciegas matan,
en humo y mortal estruendo

envuelven las tres escuadras.
Cubre el cielo la tormenta,
inquieta las olas braman,
zumba el trueno en las alturas
y el cañon sobre las aguas.
Ruidos horribles retumban
en las inmensas distancias,
como rumores informes
de imprecaciones satánicas.
El crimen, la ira, el odio,
el vil orgullo, la infamia,
se ocultan tras los ropajes
malditos de la borrasca.
Sobre la insensata lucha
vierten su hiel mas amarga,
mezclando al contraste horrendo
sus crueles carcajadas;
lívida luz del relámpago
á veces fulgura cárdena
sobre aquel inmenso caos
con sus instantáneas ráfagas.
¡Qué bien la destruccion silva
entre el fuego y la metralla!
¡¡Qué bien entre dos tormentas
ruge la cólera humana!!
En medio están los bretones
con sus soberbias fragatas,
torrentes de fuego y plomo
por ambos costados lanzan.
Y españoles y franceses
resisten la atroz descarga
esforzándose animosos
por acortar las distancias.
A merced de las tinieblas
con astuta y fria táctica
retíranse los ingleses
con evoluciones rápidas.
Y frente á frente quedando
las dos naciones hermanas
mútuamente se destrozan
con ruda y funesta saña.

.....
Tarde la traicion conocen,
tarde aperciben la infamia,
y ven su bandera misma
deshecha por su metralla.
Sobre los cascos que aun restan
las dos amigas escuadras
llegan hasta los testigos
de la fraternal batalla,

que serenos y alevosos
retirándose á la espalda
presenciaron aquel crimen
con su abominable calma.
Crujen las férreas cadenas,
buques contrarios amarran,
cesa el inquieto balumbo,
asegúranse las plantas;
con el cuchillo en los dientes
y entre las manos el hacha
se lanzan los españoles
como huracanes de rabia,
al ruido de las cuchillas
cráneos en pedazos saltan
y fuertes vidas se ahogan
entre blasfemias amargas.
A cada golpe un gemido,
solo un ¡ay! es la plegaria
que al romper su estrecha cárcel
puede murmurar el alma.
Se hunden los cascos deshechos
de cien soberbias fragatas;
son los mas ricos navios
pasto de furiosas llamas.
En silencio se derrumban,
lucha el fuego con el agua,
que el mar se incendia parece
y hasta las nubes se abrasan.
Y en el frio de las ondas
palideciendo las llamas,
menguan, vacilan, se agitan
temblorosas, y se apagan.
Negra columna de humo
sube en espiral y arrastran
negras cenizas las olas
entre sus espumas blancas.
¡Qué horrible angustia á la muerte
precede de la esperanza!
¡En un delirio de sangre
se agitan ébrias las almas!
Y en nervioso paroxismo,
solo el corazon que salta
se siente dentro del pecho
con palpitaciones ávidas.

.....
Desesperacion frenética
invade todas las almas;
se tornan los rostros lívidos,
se oscurecen las miradas.
No hay cuchillo que no mate,

no hay brazo que esté sin armas,
no hay cañon que no despida
entre truenos la metralla,
cruza el coraje los vientos
envuelto en siniestras ráfagas
que empujan el mortal bronce
con impulsión instantánea.
Héroes, hombres, barcos, vidas
se sumergen en la nada,
y todo es ruina y estragos
y desastres y matanza.
Guarecidos en sus naves
bajo el pabellon de España
aun resisten unos bravos
con indómita pujanza.
Por el fuego y por la sangre
rojas las pujantes aguas
á las nubes los elevan,
á los abismos los bajan.
Y parece que esperando
el fin de lucha tan larga
cansado se agita y ruje
el infierno en sus entrañas.
O que ansioso y fatigado
de tal peso y brega tanta
el mar palpitando busca
el espacio que le falta.
Entre la espuma, entre el hierro,
entre las sangrientas aguas,
sin rendirse en su agonía
están los hijos de España,
mientras la fama y la gloria
vertiendo amorosas lágrimas,
de laurel inmarcesible
coronan sus sienes pálidas.

.....
Cedió el derecho á la fuerza,
á las traiciones la audacia,
sombreó mares y cielo
el pendon de la Britania.
Pero el valor y la historia
de sus libros en las páginas
escribieron con laureles
los desastres de mi patria.
Que al éxito de la astucia
y al número de las armas
si dá la fortuna triunfos
nunca dá aplausos la fama.
Y hay en el mundo naciones
que orgullosas cambiaran



las victorias de Inglaterra
por la derrota de España.

III.

.....
De pie; cruzado de brazos
sobre la arrogante popa,
contempla el vencedor Nelson
los horrores de su obra.
Y con sonrisa altanera
alza la frente orgullosa
y el cielo mide y los mares
desafiando su cólera.
Pero aun resta una fragata
con la bandera española
de dos hermanas naciones
pregon último de honra.
Al almirante contemplan
sobre la averiada proa
héroes postreros que mueren
con espresion desdeñosa.
Sobre aquella frente altiva
que el pensamiento aprisiona
gérmen de tantas maldades,
cien maldiciones arrojan.
Y antes de caer en la nada
cuando la muerte sofoca
sus espíritus, rompiendo
los lazos que los ahogan,
lanzan contra el almirante
rayos de la última cólera
y á vencedor y á vencidos
envuelven las mismas olas.
Y el que dominar creia
sobre las celestes bóvedas
cadáver inerte baja

á las regiones mas hondas.

.....
Cesa el combate; se estinguen
los ecos; vientos y olas
se duermen con la fatiga
de tal lucha y tal zozobra.
Y al reflejo de la luna
que entre las nubes asoma
la escuadra inglesa su rumbo
va tomando silenciosa.
Y en la inmensa superficie
del mar, cual fúnebre antorcha
de lívida luz, alumbraba
los cadáveres que flotan.

.....
¡¡Trafalgar!! nombre sublime
de luto y eterna gloria,
tú eres inmortal poema
de las nacionales honras.
Tú estás con letras de oro
escrito sobre las losas
de Churruca y de Gravina
en las tierras españolas.
Tus aguas han sido tumba
de dos escuadras heróicas,
ejemplo de las naciones
para orgullo de mi historia.
Tú le has dicho al mundo entero
estas palabras que invoca
mi patria querida siempre
en sus mas terribles horas.
«La honra de las naciones
»es inestimable joya.
»¡¡Antes que barcos y vidas
»vale conservar la honra!!»

P. M.

(Es propiedad.)





La muerte de un artista.

(ROMANCE HISTÓRICO TRADICIONAL.)

I.

Entre las cuatro paredes
de una reducida estancia
preséntase austero cuadro
de tintas tan delicadas
que solo bien le percibe
quien tiene de artista el alma.
A la luz de media tarde,
en limpia y modesta cama
se ve un hombre entrado en años,
de frente tan despejada,
que entre altivez y nobleza
un tanto en altiva raya;
de ojos vivos, y locuaces,
del génio muestras tan claras,
que se vé un mundo de ideas

al través de sus miradas.
Forman las facciones líneas
severas, y al par bizarras,
que cortan algunos surcos
como misteriosas rayas
de una escritura que espresa
padécimientos del alma.
Su postracion causa duelo;
respeto infunden sus canas,
y aun mas al ver la corona
en que aparecen cortadas.
Sencilla cruz sobre el lecho
se ve en la pared colgada,
y descúbrense en el fondo,
dentro de contigua sala,
varios modelos de barro,
lienzos pintados, estampas,
y un caballete con tela

para pintar preparada.
Un hombre de edad madura,
morena, y enjuta cara,
negra ropa, y apostura
de dignidad afectada,
con el enfermo platica
cruzándose estas palabras:

—Decid, doctor, lo que tengo,
que mi dolencia se agrava
y he bien menester su nombre
para saber quien me mata.

—Bastante es que yo lo sepa.

—Bien dicen vuestras palabras
que son mis sueños verdades,
y esta inquietud triste, y vaga,
la de la luz que se agita
cuando el aceite se acaba.

—Pues, ¿qué sentís?

—Siento frio
mas que en el cuerpo en el alma.

Late el corazon con priesa
cual si retener ansiara
un bien guardado tesoro
que á su pesar se le escapa,
y la cabeza me agovian
ruidos y esceñas estrañas.
Voces oigo sin que griten
ruidos sin que suene nada:
en la oscuridad vislumbro
á veces luces fantásticas,
y á veces la luz del dia
no me parece luz clara.
Diligente la memoria
en traer cosas pasadas
tan vivas me las figura
cual si otra vez las tocara,
y al mismo tiempo anda suelta
la imaginacion bizarra,
mostrándome cosas nuevas
con tan increíble audacia,
que á veces de un nuevo mundo
toca las ignotas playas.
Cosas veo, que no he visto
ni aun soñando. En lotananza,
rumor tan estraño escucho
que recordarle me espanta;
como ecos son de unas voces
que no son voces humanas;
y en fin, esto es lo mas raro,
á veces en lucha estraña

yo pugno conmigo mismo
cual si de mi me apartara,
y en huirmè y retenerme
pusiera fuerzas contrarias.

—Bien pintais como discreto.

—¿Y á esta enfermedad, qué llaman?

—El nombre no hace á la cosa.

Básteos tenerla estudiada
y conocida.

—Esto es hecho.

Doctor, el tiempo me falta
para prestar lo preciso
á tan solemne jornada.

Del sol los últimos rayos
penetran esa ventana.

Dejadme les pida nuevas
de aquellas regiones altas.

II.

Fatigoso está el enfermo,
la noche en su curso avanza
y á la tenue luz que esparce
en la alcoba solitaria
una mustia lamparilla,
se ve una mujer anciana
que profundamente duerme
sobre una silla sentada.
Contéplala el pobre artista
con cierta sonrisa amarga,
y un ¡ay! asoma á sus labios
todo el dolor de su alma.
Recuerda que en otro tiempo
una mujer le velaba
con el cariño de esposa,
y recuerda la esperanza
que acarició de unos hijos
que humedecieran con lágrimas
el rostro del moribundo
en la hora entonces llegada.
De pronto nubla su frente
nueva idea, y la dilata,
y enrojece sus megillas,
y crisper sus manos blancas.

—«No la maté; mienten, mienten,»
dice con voz viva y clara.

«Al otro, prosigue, es cierto
que le atravesó mi espada;
pero él irritó mis iras,
tuvo la defensa franca,

fué duelo en fin, y este es daño
que culpa pero no infama.»
Así delirando sigue
y el mal sin duda se agrava
pues por instantes creciendo
la angustia en su rostro marca
lo que el tropel ya no dice
de sus confusas palabras.
Tal vez la vertida sangre
le sofoca y anonada,
é intenta un supremo esfuerzo
para detener el alma,
que de Dios la tuvo limpia
y á Dios no vuelve con manchas.
Tal vez recuerda que un día
necesidades mundanas,
y empeños de honra le hicieron
tomar órdenes sagradas,
y és su corona de espinas,
que mucho tardó en llevarla
y mucho punza al que una hora
la lleva de mala gana.
A veces sobre sus labios
se asoma sonrisa grata
cuando en sus objetos de arte
fija la débil mirada,
y es porque en dulces recuerdos
funda firmes esperanzas:
es porque el arte en su vida
llena las mas bellas páginas.
¡Cuántas veces el mendigo
le halló con la bolsa exhausta,
y frutos le dió del génio,
obras en papel trazadas
con las que el pobre tenia
seguro el oro ó la plata.
Muy presto de aquella idea
deriva ideas mas altas.
Dilátanse sus pupilas,
su ardiente fiebre se calma
y se sumerge en el piélagos
de sus grandezas soñadas.
¿Qué es la vida? Breve aliento,
sombra de un humo que pasa;
pero las obras del génio,
concepciones animadas
que un siglo á otro siglo lega
acrecentando su fama,
no mueren como los hombres
ni con los hombres se acaban.

Por ellas tiene el artista
el orbe entero por patria
y con cien generaciones
y otras ciento vive y trata
haciendo que todas sientan
de sus encantos la mágia.
¿Qué es morir para el artista?
No es mas que tender las alas
en busca de lo infinito,
hollar con ligera planta
de los concertados astros
innumerables miradas,
y volar mas, y acercarse
á la fuente de do emanan
todas las bellezas juntas
y las grandezas innatas.
Morir es dejar la cárcel
en donde el génio se apaga
por falta de aire y sustento,
es aliviarse una carga
que nos encadena al suelo,
es soltar una lazada
con que se tienen las manos
entumecidas y esclavas.
En esto piensa sin duda
el enfermo, y tanto gana
la muerte con él que intenta
incorporarse en la cama
sin duda alguna aquejado
de activa prisa en hallarla.
Sus desfallecidas fuerzas
muy presto le desengañan
y ahogando un suspiro, vuelve
á caer en la almohada.
Poco despues la enfermera
deja aturrida la casa
en busca de un sacerdote
que el moribundo reclama,
y mientras la dueña vuelve
tranquilo el enfermo aguarda
observando como oscila
aquella luz triste y vaga
dentro del recinto estrecho
que á su vigor pone tasa.

III.

Ya el sacerdote ha bendito
aquella cabeza blanca
donde el albor de la muerte

asoma sus tintas cárdenas.
 Solemne silencio reina
 en derredor de la estancia,
 solo un murmullo se eleva
 y es hijo de una plegaria
 eco único de la vida
 á quien la muerte no espanta,
 única voz á quien dobla
 su régia sien coronada,
 replegando con respeto
 los crespones de sus alas.
 La luz su círculo estrecha
 y al par las sombras se ensanchan,
 y como hermanas ó amigas
 la noche y la muerte avanzan.
 En pie el sacerdote observa
 del moribundo la cara
 y pónese ante los ojos
 un Cristo de tosca talla.
 —Hijo, le dice, contempla
 esta sangre sacrosanta
 que para lavar tus culpas
 las rotas venas derraman.
 Codicia este hueco abierto
 al rigor de una lanzada,
 y como las golondrinas
 en la hendidura descansan
 de las piedras, así puedes
 tranquilo posar el alma
 en el divino descanso
 de estas amorosas llagas.
 ¿Mas por qué la vista vuelves

y con desvío la apartas
 de Jesus? ¡Oh! No le pierdas
 cuando te busca y te llama.
 ¡Hijo! Mira, y á Dios teme;
 ¡que ante El estarás mañana!
 Hizo el enfermo un esfuerzo
 y aunque con voz apagada
 decir pudo al sacerdote
 estas sentidas palabras:
*—Padre, no es impenitencia;
 es que me turba y enfada
 ver que hay artistas hereges
 que la faz de Dios profanan
 con esculturas como esta.
 Dadme esa cruz lisa y llana
 y adios que voy muy deprisa
 y vida y voz se me acaban.*

Cuando al despertar la aurora
 tiñendo el cielo de grana,
 el rayo de luz primero
 entró en la descrita estancia,
 solo bañó la faz yerta
 de un cadáver que abrazada
 tenia una cruz sencilla,
 y al doblar de las campanas
 la muerte de Alonso Cano
 se divulgó por Granada.

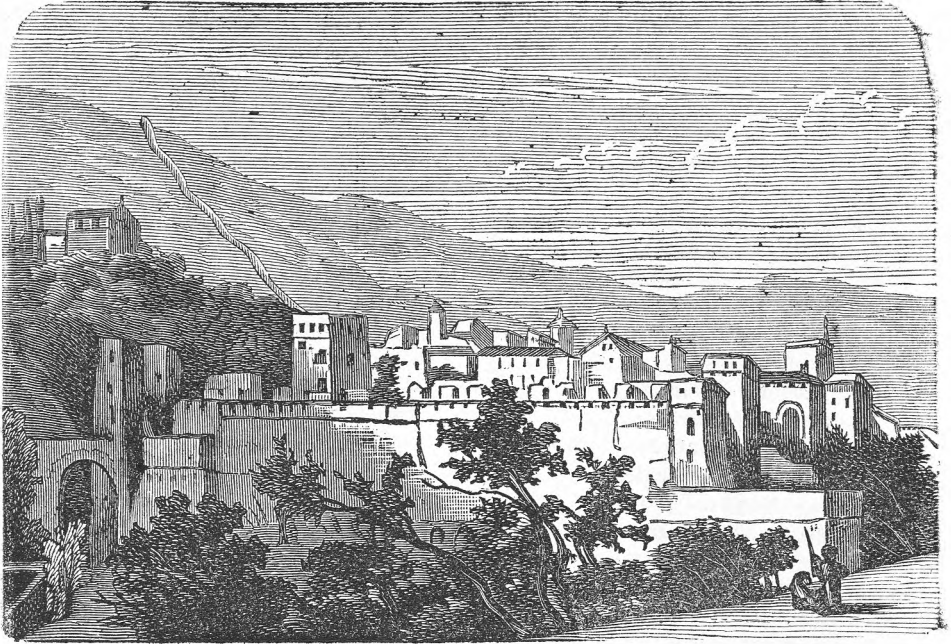
J. R.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
 LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
 Carretas, 9.

MADRID: 1871.
 ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
 Rollo, 6, bajo.



Granada.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1492.

I.

Desde el llano se dibujan
de las sierras de Granada
las dos frentes orientales
una roja y otra blanca.
Nace el sol por la de Elvira
reflejando en la nevada;
puro el cielo, ni una estrella,
ni una nube, ni una mancha.
Viernes era del mes crudo
cuando son vidrio las aguas,
cuando no tienen las aves
el abrigo de las ramas.
Cuando túnicas de hielo
la aurora, en vez de escarlata,
con la faz descolorida,

sobre los montes arrastra:
mes de Enero, año sombrío;
á seis días de su infancia,
bien nacido para mengua
de la luna musulmana.
Hora es de limpiar del rostro
el sudor de una jornada,
los que ocho siglos marchásteis
de Covadonga á la Alhambra;
la orgullosa por sus torres,
la gentil por su elegancia,
para el sol que la enamora
mas hurí que las que guarda.
Andaluzas fantasías
sus castillos filigranan,
y no hay ojos que aseguren
si son piedras ó son gasas.

Con su celeste ropaje
 que sol y estrellas esmaltan,
 besa la faz de los cielos,
 la hermosa ciudad romántica.
 Del cielo para ser hija
 la Cruz dicen que le falta,
 esa que en su pecho llevan
 los caballeros de España.
 Ya se mueven remecidos
 por las caricias del aura
 los blanquísimos doseles
 de las tiendas castellanas;
 y digérase á lo lejos
 que se tendieron bandadas
 de los ánades del rio
 por el cármén de Granada.
 Ya en el campo nazareno
 suenan pífanos y cajas,
 van saliendo los soldados
 en magestuosa ordenanza.
 Ya relucen, ya relucen
 como estrellas las corazas,
 bordados, plumas y oro
 por esmalte de las armas.
 Baluarte postrimero,
 y palenque entre dos razas,
 dió á la herencia de Castilla
 su último pedazo el Africa.
 La ciudad de las mil torres
 por vencida y obligada,
 de las sienas se despoja
 su turbante de sultana.
 Pues temió que los donceles
 truequen sus perlas en lágrimas,
 y se olviden por el hierro
 de la guzla enamorada.
 Vuelvan á templar los mármoles
 del Genil las ondas claras,
*que ha dos años que se beben
 con tanta sangre como agua.*
 Bencerrages y Zegries
 se destrozan en las plazas,
 y tres reyes en tres barrios
 la hacen tres veces esclava.
 El dominio de hoy les cuesta
 el estrago del mañana,
 guerra fuera, ódios adentro,
 su postrer congoja amaga.
 Sobre un sólio de ruinas,
 el rey Chico, que así llaman

por lo débil de su cetro
 que el de un pastor le aventaja;
 sin Gomeles ni Aliatares
 los de ardientes cimitarras,
 extremo de caballeros
 en los campos y en las zambras,
 sin mas gloria que el recuerdo,
 mas porvenir que la infamia,
 mas brazos que los eunucos,
 ni mas bien que la desgracia,
 con la joya del Profeta
 su triste vida rescata,
 y á una mujer se la rinde
 que en su corona la engarza.

II.

Mas cumplidos escuadrones
 ya en lucir, ya batallando,
 nunca vieran las naciones,
 cual los que alzan los pendones
 de Isabel y de Fernando.
 Cortesana la nobleza
 de sus cetros despojada,
 trocó en gloria la riqueza,
 y siguió el génio y grandeza
 de una hermosa coronada.
 Alegre trompetería,
 mas alegres los soldados,
 todo es galas este dia,
 plumajes y pedrería,
 terciopelos y brocados.
 Hija de alguna victoria
 trae cada pueblo una enseña;
 las páginas son de gloria,
 donde vá escrita la historia
 de un trono, que fué una peña.
 Corcel bravo, que conduces
 á la dama de Castilla,
 los vergeles andaluces
 con sus flores y sus luces
 bordáronte estampa y silla.
 En pomposa bazarria
 luenga manta y flecos de oro
 ondear gallardo hacía,
 y un penacho, que en mal dia
 sacó al campo el rey del moro.
 Grave paso, airoso huello,
 riza cola, henchida el anca,
 como torre el alto cuello,

rueda al bélico resuello
blanca espuma, en piel mas blanca.
Isabel como la diosa
que encarnó Jove en su frente,
mas sublime vá que hermosa,
quebrantando victoriosa
la cerviz á otra serpiente.
Joyas ciñe, que en luz nueva
á otro mundo abren camino,
que mañana en noble prueba
desde el pecho que las lleva
irán al mar del destino.
Muy galan el rey Fernando,
en el sitio del primero,
con todo Aragon por bando,
vá á par suyo cabalgando
como esposo y caballero.
Rodéanle hombres de cuenta
en santidad y cordura,
aristocracia opulenta,
é hijo-dalgos sin mas renta
que la espada y la ventura.
Y otra nobleza brillante
de ganada gerarquía,
ora guerrera, ora amante,
con la inmensidad delante,
y por blason la osadía.
Si delirios agitaban
en torno á las dos coronas,
¿qué huracanes igualaban
sus alientos, que ensanchaban
el espacio de las zonas?
El que á Córdoba debiera
armas, cuna y apellido,
camina á la delantera
de todos, como quien era
por la fortuna escogido.
Rico en gloria mas que en bienes,
es de la córte decoro,
raza de hombres para quienes
todo es laurel en las sienes,
y todo en las manos oro.
No hay en él mas árduo empeño
mas brillo, ni mejor lanza;
grande á quien no haga pequeño,
y eran tenidas por sueño
cosas que su diestra alcanza.
Mas la insolente malicia
que ni premia ni perdona,
dió en mirar lo que es justicia,

cual lisonja no propicia
al honor de una matrona.
Detrás de tan noble guia
van los dignos de su paso,
vá en triunfo el Ave María
conque al cielo vengó un día
en la Vega, Garcilaso.
A su escuadron delantero
vá aquel Paredes fornido
sin cota de malla ó cuero,
de sus músculos de acero,
y su audacia revestido.
Y escudos de honroso lema
en brazos casi infantiles,
inspirando cada emblema,
un canto de aquel poema
de Roldanes y de Aquiles.
Ejércitos se encadenan,
y caballeros é infantes
todo el horizonte llenan,
y allá en la ciudad resuenan
aquellos pasos triunfantes.
¡Hé aquí los hombres llegados
he aquí los tiempos cumplidos,
por la fé profetizados,
los siglos de oro tornados
que se lloraban perdidos!
¡A Granada!... Esa bandera
de flotante Cruz morada,
en la cúpula altanera
ya os bendice, ya os espera,
¡raza de héroes, á Granada!

III.

Como huyendo de sí mismo
pues su conciencia le espanta,
y es cuanto vé en torno suyo
espejo de su desgracia.
Boabdil, el chico en ventura,
con ojos llenos de lágrimas,
al perderle para siempre
besa el polvo de su patria.
¡Ay! que acercándose escucha
de las tropas la algazara,
y es sobre su pecho mismo
cada paso que adelantan!
¡Honor, fortuna, placeres,
cielos, campos y enramadas,
rios de amantes orillas,

mármoles de sombras pálidas!
 El infeliz peregrino
 al comenzar su jornada,
 os dá en su adios mas amargo
 la mas triste de las almas.
 Caminando, caminando
 sobre sus recuerdos marcha,
 sus pocos vasallos fieles
 silenciosos le acompañan.
 Ya abandona los palacios,
 las sombrías calles pasa,
 con los ojos en el suelo,
 y sin huella las pisadas:
 ya en su frente la oval puerta
 proyecta una sombra rápida,
 y al pasar de allí, parece
 su corona que le arrancan.
 Ya va subiendo, subiendo
 de Padul las cumbres ágrías,
 donde flotan murmulantes
 las alegrías lejanas.
 En el recodo del cerro
 nacido há una peña blanca,
 como paloma que duerme
 sobre un nido de esmeraldas.
 Ya van para siempre á hundirse
 como á un abismo arrojadas;
 la árabe ciudad postrera,
 y tantos siglos de hazañas.
 ¡Boabdil, Boabdil que detienes
 junto á la peña tu planta,
 y sobre tu eden querido
 viertes tu última mirada,
 en tus ojos la agonía
 tus lábios místios exhalan

en nerviosas vibraciones
 un gemido sin palabras!
 Ya por los aires se estienden
 las banderas castellanas,
 ¿á robarte el paraiso
 serán las nubes que bajan?
 ¡Llorad, llorad agarenos,
 cual los cautivos lloraban
 vueltos á Sion los ojos,
 del Eufrates en las playas!
 Boabdil cayó de rodillas,
 los brazos tiende, y arranca
 lo mas profundo del pecho
 suspirando: *¡Ay, mi Granada!*
 Con la muerte en el semblante
 detrás de él su madre Fátima:
 —«Como mujer llora, dícele,
 lo que como hombre no guardas.»—
 Un paso mas... ¡tras la peña
 todo acabó!... Sola estaba
 cuando en los aires subieron
 las armonías cristianas.
 Mas el eco del suspiro,
 como viuda y errante águila
 con el ¡ay! eterno, ciérnese
 en torno de la montaña.
 Y aun dicen los campesinos,
 que el primer cierzo del alba,
 un espíritu doliente
 despierta en la roca blanca.
 Como el rumor que respira
 de Memnon la egipcia estátua,
 como el murmullo del Darro,
 como el ¡adios de Granada!

J. C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
 LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
 Carretas, 9.

MADRID: 1871.
 ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
 Rollo, 6, bajo.



Pedro de Vera.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

Hay en nuestra patria historia
 negras y sangrientas páginas,
 que sin robar su grandeza
 con mil crímenes la manchan;
 páginas de sangre llenas,
 que despiadadas retratan
 el abrazo en que se ahogaron
 al encontrarse dos razas.
 Hoy, al repasar el libro
 de su grandeza pasada
 se ha detenido mi vista
 en una sangrienta mancha:
 descifrar he pretendido
 sus letras medio borradas
 y he notado ser su asunto
 la conquista de Canarias;
 de esas islas que llevaron
 el nombre de *Afortunadas*,
 como un sarcasmo inaudito
 á los duelos de su raza.

I.

(1483.)

Por las pendientes veredas
 de una elevada montaña,
 cuyas bases de granito
 cubren materias volcánicas,
 en tropel confuso, niños,
 mujeres y ancianos marchan,
 cual huyendo de un peligro
 que cerca les amenaza.
 Sus casi desnudos cuerpos
 muestran la tez bronceada
 de una raza á que las penas
 siguen con furia no escasa,
 y los brillantes plumages
 que cuerpo y rostro engalanan
 bien su estado primitivo

nos dicen y su ignorancia.
Marchan todos en silencio
ahogar queriendo sus lágrimas,
que padres y amantes hijos
á aquellas mujeres faltan;
hijos y padres, que en lucha
tan larga como obstinada
sin vida quedando fueron
en los campos de batalla.
Un día llegar notaron
á sus costas solitarias
una pesada galera
con las insignias de España,
y los inocentes *guanches*
brindaron amistad franca
á aquel buque en que la muerte
y la traición se albergaban.
La escasa hueste que de ella
saltó después á la playa,
iba siguiendo á un caudillo
de tan imprudente audacia,
que la historia se avergüenza
al mencionarlo en sus páginas.
Llamóse Pedro de Vera,
nació en tierra jerezana
y unió á su valor heróico
la crueldad mas sanguinaria;
pero al plantar en las islas
el pendon de nuestra patria
supo refrenar su instinto
y disimular sus mañas.
Por eso desde un principio
fué tal su preponderancia
que los isleños creyeron
ser venturas sus desgracias,
y saludaron alegres
como enseñas de esperanzas
las banderas de la muerte
de los soldados de España.
¡Ay! pronto de aquellos sueños
al despertarse con rabia
notaron que las cadenas
dificultaban su marcha;
que en la miseria morian,
que en el deshonor fiaban;
que los hijos mas valientes
de aquellas altas montañas,
encadenados partian
desde sus queridas playas,
para saltar como esclavos

en la tierra sevillana.
Entonces, fiando al hierro
la defensa de su causa,
palmo á palmo defendieron
honra, libertad y patria.
Testigos de sus proezas
pudieron ser las montañas,
cuyas vertientes sirvieron
de sosten á sus hazañas;
pero es inútil que el héroe
luche contra la desgracia,
que ante sentencias del cielo
se estrella la fuerza humana.
Por eso, después de un día
de cruda y fiera batalla,
los fugitivos isleños,
sangre derramando y lágrimas,
subían por las veredas
de una elevada montaña,
cuyas bases de granito
cubren materias volcánicas;
y á su pié los vencedores
con el capitán Peraza,
aniquilarles pretenden
cortando su retirada.
Cerca al llegar de su cumbre
la tímida caravana
Bentejuy que la conduce
se vuelve hácia la esplanada,
y al notar que los soldados
les siguen con pertinacia
y que los yelmos relucen
á muy próxima distancia,
—Hijos, esclama: si adversa
fué la suerte de las armas,
no han de gozarse en su triunfo
esas gentes sanguinarias.
Después de haber dado muerte
á nuestro jefe Doramas,
mi esclavitud necesitan
y juro no han de lograrla.
No resistais á su encono,
arrojad pronto las armas
y vivid alimentando
ódio sin tregua á la España;
y, tú, hijo mio—besando
de un niño la frente pálida
añadió,—mi muerte llora,
mas vive para vengarla.
El verdugo que me acusa

es el capitán Peraza,
¡quiera el cielo que algún día
libertes de él á la patria!

Dijo, y al notar ya cerca
á los soldados de España,
se abrazó con otro jefe,
que morir con él reclama,
y desde la altiva roca
cuya elevación espanta
y á cuyos piés el mar ruga,
ondas quebrando de plata,
lanzáronse los dos jefes
buscando en la muerte calma
y vió Peraza sus cuerpos
sepultarse entre las aguas.

II.

(1488.)

Reina un movimiento extraño
en la playa de Gomera,
en la que enclavan las tropas
de España sus blancas tiendas.
En la del centro que guardan
los armados centinelas,
hablan con calor dos hombres,
de condición bien diversa.
El uno de ellos, anciano,
demuestra en su faz severa
la dignidad que denuncia
su morada vestimenta
y el episcopal anillo
que brilla en su mano diestra.
Es su nombre Juan de Frias
y su misión evangélica
predicar la fé de Cristo
en las conquistadas tierras.
El otro, de edad robusta,
faz que denota fiereza,
frente hundida, ojos que lanzan
por la cólera centellas,
cubre sus fornidos miembros
del guerrero con las prendas.
Su nombre, ante el cual los *guanches*,
cual hoja en el árbol tiemblan
y el ejército se inclina
para prestarle obediencia,
es el mismo que citamos

no ha mucho: Pedro de Vera.

El caudillo y el obispo
que platican en la tienda,
guardan en cargo y carácter,
desemejanza completa.
Uno es el brazo inflexible
símbolo de la violencia;
otro el corazón que sufre
todas las extrañas penas;
uno el que vence y castiga;
otro el que auxilia y consuela;
el uno á su Dios olvida;
el otro á su Dios impetra:
el caudillo es el verdugo,
el obispo su conciencia.

—Ya lo veis, padre: ni vuelven
ni hay noticia de su vuelta.....

¡Ay de Gomera, si altiva
no me abre al punto sus puertas!

—¿Y porqué seguir usando
tan despiadado sistema?

—¡Que acaten mi poder todos!

—Con dulzura.....

—¡O que perezcan!

—¡Pedro de Vera, harta sangre
ha regado ya estas tierras!

—Corra mas, si es necesaria
para el logro de mi empresa.

—¡Oh! si de ello se enterase
nuestra católica reina,
la gran Isabel.....

—Daría

mis justicias por bien hechas.

—Juez y verdugo habeis sido.....

—Padre, evitad reprimendas,
que hábitos sacerdotales
no hacen en mi pecho mella.
¡Y, aseguro por mi nombre,
que, ó cejais en la tarea
ú os embarco para España
á que os quejeis á la reina!

En esto llegó un soldado
á la puerta de la tienda
y Pedro de Vera al verle
preguntó con impaciencia:

—¿Qué hay, Ruy?

—Señor..... vuelvo solo.

—¡Cómo!
—Al llegar á las puertas!
de la ciudad, fuimos víctimas
de una traidora sorpresa.
—¡Oh!.....
—Yo solo me he salvado,
gracias á mi ligereza.
—Pero, el capitán Peraza.....
—Cayó también muerto en tierra
por el puñal de un mancebo
que solo tres lustros cuenta
y que gritaba: ¡Venganza!
¡Cumplí tu manda postrera!
Cinco fuimos: vuelvo solo
por daros cumplida cuenta
de la traición; en la plaza
á defenderse se aprestan;
pero ahora mismo, pagando
la traición con la sorpresa
podemos con un asalto
hacerla al instante nuestra.

—Padre Frias, ¿nada dice
ahora vuestra reverencia?—
Con sardónica sonrisa
preguntó Pedro de Vera.—
¿Nada decís? ¿Cómo os atan
estos sucesos la lengua?
Mas, yo supliré el silencio
y dictaré la sentencia.
¡Juro á Dios que en cuanto tome
la plaza de la Gomera

á todos sus habitantes
colgaré de las almenas!
De quince años para arriba,
ahorcados todos perezcan,
que la vida de Peraza
no pagan otras quinientas.
¡A la ciudad ahora mismo!
¡Alcense luego las tiendas,
y que esta noche los cuervos
logren abundante cena!

Seis horas después, la luna
alumbraba macilenta
un espectáculo horrible,
una hecatombe sangrienta:
cientos de *guanches* pendían
de los tejados y almenas,
horror inspirando al alma
sus convulsiones postreras.

El obispo Juan de Frias
cumplió también su promesa,
é hizo saber aquel crimen
á la católica Reina.
Horrorizóse la corte
y llamó á Pedro de Vera;
pero la espada de un noble
pesaba tanto en su época,
que el que despobló á Canarias
con inaudita fiereza
murió viejo y respetado
en Jerez de la Frontera.

O. y B.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.